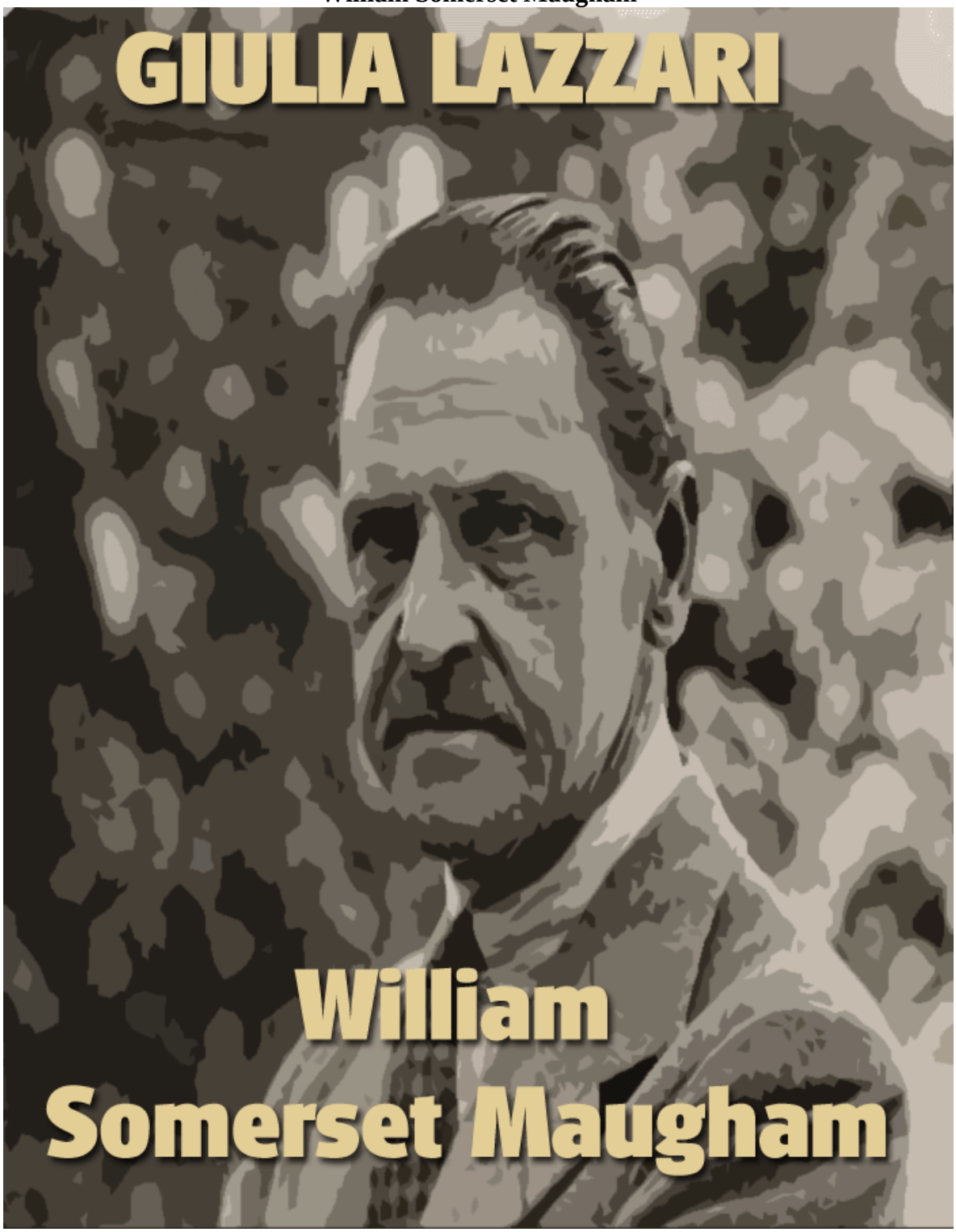
GIULIA LAZZARI
William Somerset Maugham



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Ashenden tenía la costumbre de afirmar que él nunca se aburría. Aseguraba que las personas que se aburren son aquellas que carecen de recursos en sí mismas, y que es una estupidez depender del mundo exterior para divertirse. Ashenden no se hacía ilusiones sobre sí mismo y el éxito literario que había alcanzado no le había hecho cambiar. Distinguía con agudeza la fama de la notoriedad pasajera con que recompensa a un autor una novela de éxito o una obra teatral acertada y ello le dejaba indiferente excepto en la medida en que podía reportarle beneficios tangibles. Estaba dispuesto a obtener ventaja de la popularidad de su nombre para conseguir, por ejemplo, un camarote mejor en un barco y cuando un oficial de aduanas pasaba su equipaje sin revisarlo porque había leído sus novelas cortas, Ashenden admitía de buen grado que el cultivo de la literatura tiene sus compensaciones. Pero suspiraba cuando ávidos literatos jóvenes intentaban hablar con él de su técnica literaria y deseaba haber muerto cuando señoras efusivas y trémulas le susurraban al oído su gran admiración por sus libros. De todos modos, se consideraba a sí mismo inteligente y, por tanto, absurdo que en algún momento se aburriera. En realidad, a menudo charlaba con interés con personas normalmente tan obtusas que sus propios camaradas huían de ellas como si les debieran dinero. Puede que en eso se dejara llevar por el instinto profesional que raras veces dormía en él. Aquella gente, su extraño material, no le aburrían en absoluto igual que los fósiles son aburren a los geólogos. Y ahora disponía de todo lo que un hombre sensato puede desear para su entretenimiento. Tenía unas excelentes habitaciones en un buen hotel de Ginebra, que es una de las ciudades más agradables de Europa para vivir. Tomaba de vez en cuando un bote y remaba con él por el lago o alquilaba un caballo y trotaba con él a placer, pues en esa ciudad limpia y ordenada resulta difícil encontrar un camino por donde se pueda galopar, entre las asfaltadas carreteras de las afueras. Paseaba a pie, otras veces, por las viejas calles, intentando captar el espíritu de los tiempos pasados, entre aquellas vetustas casas de piedra gris, tan solemnes y magníficas. Leía de nuevo con delicia las *Confesiones* de Rousseau y por segunda o tercera vez intentó en vano acabar *La nueva Eloísa.* Escribía. Trataba a poca gente, pues era indispensable para su cometido pasar desapercibido, pero había establecido una agradable relación con algunas personas que vivían en su hotel y no se sentía solo. Su vida era lo suficientemente plena y variada, y cuando no tenía nada en que ocuparse se entregaba a sus propias reflexiones. Era absurdo imaginar que en esas circunstancias podía aburrirse y, sin embargo, como una nubécula en el cielo, apareció la posibilidad del hastío. Cuenta una historia que, habiendo convocado Luis XIV a un cortesano para que le acompañase a una ceremonia en la corte, se encontró acabando sus preparativos en el momento en que apareció el cortesano; volviéndose hacia él, el soberano le dijo con glacial majestad: J'*ai failli attendre,* cuya única traducción aproximada sería: «He escapado a tener que esperar». Del mismo modo, Ashenden podía admitir que había escapado a aburrirse. Podía ser, imaginaba, cuando cabalgaba por las orillas del lago, que aquel caballo renqueante, con las ancas gruesas y el cuello corto, fuera uno de aquellos galopantes corceles de raza que se veían en los cuadros antiguos. Pero el caballo no galopaba y necesitaba hincar firmemente las espuelas para conseguir que arrancara, incluso en un trote corto. También imaginaba que los altos jefes del Servicio Secreto en Londres llevaban una vida terriblemente excitante, dirigiéndolo todo con sus manos puestas sobre la gran maquinaria. Movían sus piezas de aquí para allá, manejaban los múltiples hilos de la tramoya (es preciso decir que Ashenden era pesado con sus metáforas), y componían un cuadro con las varias piezas del rompecabezas. Pero era preciso confesar que para el pequeño espía como él, ser miembro del servicio secreto no resultaba una aventura emocionante como la gente creía. Su existencia oficial era tan co-mente y monótona como la de un empleado de la City. Se entrevistaba con sus espías a intervalos regulares y les pagaba sus sueldos. Cuando podía reclutar a alguno nuevo, le contrataba, le explicaba las instrucciones y le enviaba a Alemania. Esperaba la información que le enviaban y la despachaba otra vez. Una vez a la semana pasaba a Francia para conferenciar con su colega en la frontera y para recibir instrucciones de Londres. Visitaba el mercado en los días de feria para recoger los mensajes que la vieja vendedora le traía del otro lado del lago. Mantenía ojos y oídos bien abiertos y redactaba largos informes que estaba convencido que no leía nadie, hasta que una vez se le escapó inadvertidamente una broma en

uno de ellos y recibió una severa reprimenda por su ligereza. Evidentemente, el trabajo que realizaba era necesario, pero no se podía llamar de otro modo que monótono. En un momento determinado, por tener algo mejor que hacer, consideró la posibilidad de flirtear con la baronesa von Higgins. Había recibido la confidencia de que era un agente al servicio del gobierno austríaco y ello era un aliciente más para entretenerse en un duelo de ingenio que preveía. Sería divertido unir su talento con el de ella. Estaba seguro de que ella le tendería trampas y evitarlas le proporcionaría la oportunidad de apartar su mente del enmohecimiento.

La encontró dispuesta a seguir el juego. Le escribió unas notas rendidas cuando él le envió flores. Le acompañó a dar un paseo en barca por el lago y, mientras su blanca y larga mano jugaba con el agua, llegó a hablarle de amor y le insinuó algo de un corazón destrozado.

Cenaron juntos y fueron a ver una representación, en francés y en prosa, de *Romeo y Julieta.* Ashenden todavía no había decidido hasta dónde estaba dispuesto a llegar, cuando recibió una dura nota de R. en que le preguntaba a qué estaba jugando: «le habían venido a la mano» informaciones de que él (Ashenden) frecuentaba mucho la compañía de una mujer que se hacía llamar baronesa de Higgins, de la que se sabía que era agente de Imperios Centrales, y lo más deseable era que sólo mantuviera con ella una relación de distante cortesía. Ashenden se encogió de hombros. R. no parecía tan inteligente como él mismo se creía. Pero entonces le interesó descubrir lo que hasta entonces ignoraba: que había alguien en Ginebra, entre cuyos deberes se encontraba el de vigilarle. Era evidente que alguien tenía instrucciones de asegurarse de que no abandonaba su trabajo ni cometía equivocaciones. La cosa no dejó de divertir a Ashenden. ¡Qué tipo astuto y sin escrúpulos era R. ! Nunca corría riesgos; no confiaba en nadie, utilizaba sus instrumentos, pero no tenía ninguna opinión, alta o baja, de nadie. En los días siguientes, aguzó su atención a su alrededor para intentar localizar a la persona que podía haber puesto a R. al corriente de sus actividades. Se preguntó si sería uno de los camareros del hotel, pues sabía que R. creía mucho en el poder de los camareros, los cuales tenían oportunidad de ver muchas cosas y podían introducirse en lugares donde las informaciones sólo tenían que ser recogidas. Incluso se preguntó si R. no habría obtenido las noticias a partir de la propia baronesa, lo cual no sería extraño si, en efecto, trabajaba para los servicios secretos de alguna de las naciones aliadas. Ashenden continuó comportándose cortésmente con la baronesa, pero cesó en sus atenciones.

Hizo girar a su caballo y volvió a un trote acompasado a Ginebra. Un mozo de los establos estaba aguardando a la puerta del hotel. Ashenden le entregó el animal, saltó de la silla y entró en el vestíbulo. En el mostrador de recepción, el portero le tendió un telegrama. Contenía el siguiente texto:

La tía Maggie no está muy bien. Se encuentra en el hotel Lotti de París. Si es posible, venga a verla, por favor. Raymond.

Raymond era uno de los varios *noms de guerre* que usaba R. y como Ashenden no era tan afortunado como para poseer una tía que se llamara Maggie, dedujo que se trataba de una orden de acudir a París. Ashenden siempre había sospechado que R. empleaba mucho de su tiempo libre en leer novelas de detectives y que cuando estaba de buen humor se divertía copiando el estilo de las novelas policíacas. Que R. estuviera de buen humor significaba que se hallaba a punto de ultimar un golpe, pues cuando ya lo había dado le invadía la depresión y pagaba su abatimiento con sus subordinados.

Ashenden dejó el telegrama con deliberado descuido sobre el mostrador y preguntó a qué hora salía el expreso para París. Lanzó una mirada al reloj para ver si le quedaba tiempo de llegar al consulado antes de que cerrara y obtener el visado. Cuando se dirigía escaleras arriba a su habitación para coger el pasaporte, el portero le llamó justo cuando se cerraban las puertas del ascensor.

—Monsieur ha olvidado su telegrama —le dijo.

—¡Qué distraído soy! —exclamó Ashenden.

Ahora estaba seguro de que si una baronesa austríaca se extrañaba por cualquier motivo de su súbita marcha a París, la informarían de que se debía a la enfermedad de una pariente. En aquellos tumultuosos tiempos de guerra convenía que todo fuera claro y transparente. En el consulado francés le conocían y por ello perdió poco tiempo allí. Había encargado al portero que le sacara un billete y a su vuelta al hotel sólo tuvo que bañarse y cambiarse. Le emocionaba bastante la perspectiva de aquella inesperada escapada. Disfrutó mucho del viaje. Durmió bien en el coche-cama y no le molestaron los traqueteos que alguna vez le despertaron. Se sintió feliz de tenderse en la litera fumando un cigarrillo, solo en el pequeño compartimento. El rítmico sonido de las ruedas avanzando por los raíles era un agradable fondo para sus reflexiones, y atravesar a toda velocidad el país a través de la noche le hacía sentirse como una estrella atravesando el espacio. Y al final del viaje le aguardaba el encanto de lo desconocido.

París estaba nublado y caía una lluvia fina cuando Ashenden llegó. Se sentía sucio e incómodo y deseaba bañarse y ponerse ropa limpia, pero seguía de un excelente buen humor. Telefoneó a R. desde la estación y le preguntó cómo se encontraba la tía Maggie.

—Estoy contento de comprobar que su afecto por ella es lo bastante grande para venir a verla sin perder un momento —respondió R. con una sombra de broma en la voz—. Está bastante mal, pero estoy seguro de que le hará mucho bien verle.

Ashenden reflexionó un momento que aquélla era la equivocación que tan a menudo cometían los humoristas aficionados en oposición a los profesionales: insistir en la misma gracia. Las relaciones del bromista con la broma deberían ser tan rápidas y fugaces como las de la abeja con la flor. Debería hacer la broma y continuar. Por supuesto no hay ningún mal en que, como la abeja cuando se acerca a la flor, zumbe un poco alrededor, pero eso equivale a anunciar al público de pocas entendederas que se intenta hacer un chiste. Pero Ashenden, a diferencia de la mayoría de humoristas profesionales, era muy tolerante con el humor de los demás, por lo que respondió a R. en los mismos términos.

—¿Cuándo cree usted que le gustaría verme? —inquirió—. Mándele todo mi cariño ¿quiere?

Esta vez R. se echó a reír claramente. Ashenden suspiró.

—Seguramente querrá componerse un poco antes de que venga usted, supongo. Ya la conoce, le gusta todavía presumir. Digamos a las diez y media y cuando hayamos charlado un rato con ella, podemos salir a comer juntos a algún sitio.

—Muy bien —acordó Ashenden—. Iré al Lotti a las diez y media.

Cuando Ashenden llegó al hotel, refrescado y con otra ropa, un ordenanza que reconoció salió a su encuentro en el vestíbulo y le condujo al piso superior, a los aposentos de R. Le abrió la puerta y le indicó que pasara. R. estaba de pie, apoyado en la chimenea, en la que ardía un vivo fuego, dictando algo a su secretario.

—Siéntese —dijo R., prosiguiendo su dictado.

Era un bonito salón de estar, decorado con gusto, en el que un jarrón con un ramo de flores daba la impresión del toque de una mano femenina. Sobre una gran mesa había una pila de papeles. R. parecía más envejecido que la última vez que le había visto. Su rostro delgado y amarillento tenía más arrugas y su cabello se veía más encanecido. El trabajo hablaba en su persona. No se disculpaba nada. Se levantaba todas las mañanas a las siete y trabajaba hasta altas horas de la noche. Su uniforme era nuevo y flamante, pero lo vestía con desaliño.

—Eso es todo —concluyó—. Llévese todo eso y que lo pasen a máquina. Lo firmaré antes de ir a cenar. —Luego se volvió al ordenanza—. No quiero que me molesten.

El secretario, un subteniente de unos treinta años, obviamente un civil movilizado, recogió un montón de papeles y salió de la habitación. Cuando el ordenanza se aprestaba a seguirle, R. le dijo:

—Aguarde fuera. Le llamaré si le necesito.

—Muy bien, señor.

Cuando se quedaron solos, R. se dirigió a Ashenden con lo que para él era cordialidad.

—¿Ha tenido un viaje agradable?

—Sí, señor.

—¿Qué opina usted de esto? —quiso saber, mirando en su derredor la habitación—. No está mal ¿no? Nunca entiendo porque uno no ha de hacer todo lo posible para mitigar los rigores de la guerra.

Mientras hablaba con aparente ligereza, R. miraba a Ashenden con singular fijeza. La expresión de aquellos claros ojos suyos, demasiado juntos, daba la impresión de escrutar el fondo del cerebro del otro y de hacerse una opinión muy pobre de lo que allí veía. En momentos de expansión poco habituales, R. no ocultaba que observaba a sus hombres como si fuesen locos o picaros. Era uno de los obstáculos contra los que había que luchar en el diálogo con él. Por lo general, confesaba que prefería a los picaros, pues se sabía con quién se estaba tratando y se podían tomar las medidas correspondientes. Era un militar profesional y había desarrollado su carrera en la India y en las colonias. Al estallar la guerra se encontraba con la guarnición en Jamaica y alguien del Ministerio de la Guerra, que había tratado con él anteriormente, le recordó, le trajo y le colocó en el Servicio de Información. Su gran astucia le abrió paso muy pronto a un puesto importante. Poseía una enorme energía y grandes dotes para la organización, ningún escrúpulo y, además, recursos, valor y resolución. Posiblemente tenía un único punto débil. Durante su vida, había tenido poco contacto con personas de mundo, en especial con mujeres. Las únicas mujeres que había conocido eran las esposas de sus compañeros oficiales, las de los oficiales de las localidades donde había estado y las de los hombres de negocios. Al llegar a Londres, al principio de la guerra, su trabajo le puso en contacto con hermosas mujeres, distinguidas y brillantes, que le hacían sentirse confundido y tímido. Pero cultivó el trato con esta sociedad, convirtiéndose casi en un conquistador. Por eso para Ashenden, que sabía más de R. de lo que éste suponía, aquel ramo de flores resultaba muy significativo.

Ashenden sabía que R. no le había mandado llamar para hablar del tiempo o de las cosechas, y se preguntó cuándo iba a enfocar el asunto. No tuvo que esperar mucho.

—Lo ha estado haciendo muy bien en Ginebra —empezó.

—Me satisface que piense eso, señor —repuso él.

De pronto, R. adoptó una expresión fría y dura. Ya había acabado los cumplidos.

—Tengo un trabajo para usted —dijo.

Ashenden no contestó, pero experimentó una agradable punzada de ansiedad en el estómago.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Chandra Lal?

—No, señor.

Un ceño de impaciencia oscureció las cejas de coronel. Siempre esperaba que sus subordinados supieran lo que él quería que supieran.

—¿Dónde ha vivido usted todos estos años?

—En Chesterfield Street, 36, Mayfair —devolvió Ashenden.

La sombra de una sonrisa cruzó ahora el rostro amarillento de R. La ligera impertinencia de la réplica agradó a su talante sardónico. Se levantó, se acercó a la enorme mesa y abrió una carpeta que había encima. De su interior sacó una foto y se la tendió.

—Este es.

A Ashenden, no acostumbrado a los rostros orientales, le pareció uno más de los cientos de indios que había visto. Podía haber sido la fotografía de cualquiera de los rajas que venían periódicamente a Inglaterra y salían retratados en los periódicos. Contempló a un hombre moreno, de cara ancha, labios gruesos y nariz carnosa. Tenía el pelo negro, lacio y espeso, y unos grandes ojos negros que incluso en fotografía resultaban como líquidos. Vestía un traje europeo en el que no parecía sentirse muy cómodo.

—Aquí le tiene, vestido con el traje indígena —dijo R., pasando a Ashenden otra fotografía.

La primera fotografía que le había mostrado sólo dejaba ver la cabeza y los hombros. Ésta era de cuerpo entero y evidentemente había sido tomada unos años antes. Estaba más delgado y sus grandes y serios ojos parecían devorarle todo el rostro. Estaba hecha por un fotógrafo

indígena en Calcuta y el fondo era ingenuo y grotesco. Chandra Lal estaba de pie delante de un telón en el que había pintados una escuálida palmera y un trozo de mar. Tenía una mano apoyada encima de una pesada mesa sobre la que había un tiesto y una planta de caucho, pero el turbante y la larga y blanca túnica que vestía le conferían un aire de dignidad.

—¿Qué le parece? —inquirió R.

—Diría que no es un hombre sin personalidad. Hay fuerza y carácter.

—Aquí está el informe sobre él. Léalo, ¿quiere?

Le tendió un par de hojas mecanografiadas y Ashenden se sentó a leerlas. R., mientras, se puso las gafas y comenzó a leer las cartas que aguardaban su firma. Ashenden hojeó el informe primero por encima y después empezó a leerlo con más detenimiento. En él se decía que Chandra Lal era un peligroso agitador. Ejercía como abogado, pero se había dedicado a la política y se oponía hostil y ardientemente a la dominación británica en la India. Era partisano de una organización armada y en más de una ocasión había provocado disturbios en los que se habían producido muertos. Había sido detenido, juzgado y sentenciado a dos años de cárcel, pero al comenzar la guerra se encontraba en libertad y aprovechó la libertad para empezar a fomentar la rebelión activa. Se puso a la cabeza de las conspiraciones para echar a los ingleses de la India y para impedirles trasladar tropas al escenario de la guerra y, con la ayuda de inmensas sumas de dinero que le habían entregado los agentes alemanes, era causa de importantes problemas pasados y futuros. Estuvo implicado en dos o tres atentados con bombas que, aunque sólo causaron ligeros daños y la muerte desgraciada de unos inocentes transeúntes, originaron temor y alteraron los nervios y la moral de la población. Había conseguido evitar todos los intentos de detenerle, su actividad era formidable y parecía estar en todas partes; la policía no había conseguido nunca ponerle las manos encima y sólo sabía de su permanencia en una ciudad cuando, tras haber acabado allí su trabajo, se trasladaba a otra. Finalmente, se había ofrecido una gran recompensa por su captura, acusado de asesinato, pero logró escapar del país, pasar a América, desde allí a Suecia, y por último a Berlín. Allí se dedicó a elaborar planes para sembrar el descontento y la rebeldía entre las tropas indígenas que habían sido trasladadas a Europa. Todo su historial venía expuesto en el documento secamente, sin comentarios ni explicaciones, pero la frialdad oficial de la narración desprendía una sensación de misterio y aventura, de huidas inverosímiles y de peligros afrontados con valor. El informe terminaba con estos datos:

Tiene esposa y dos hijos en India. No se le conocen relaciones amorosas. No fuma ni bebe. Se le considera honrado. Por sus manos han pasado considerables sumas de dinero y nunca se ha oído ningún comentario de que no las hubiera adecuado al uso a que estaban destinadas. Posee un indudable valor y es un trabajador infatigable. Se dice que se enorgullece de mantener la palabra que compromete.

Ashenden devolvió el informe a R.

—¿Y bien?

—Un fanático, sin duda —Ashenden pensaba que en aquel indio había rasgos indudablemente románticos y atractivos, pero dio la respuesta adecuada a la psicología que conocía de R. —. Parece un tipo muy peligroso.

—Es el conspirador más peligroso dentro y fuera de la India y nos hecho más daño que todos los demás juntos. Ya sabe usted que en Berlín hay un grupo de estos indios rebeldes, pues él es el cerebro. Si se le pudiera quitar de en medio, podría permitirme el lujo de ignorar a los otros, pues él es el único que tiene arrestos. Llevo un año intentando hacerme con él, y llegué a pensar que no había esperanza. Pero, ahora, al fin, se ha presentado una oportunidad, y por Dios que voy a aprovecharla.

—¿Y que hará usted si le captura?

Sonrió siniestramente.

—Fusilarle, y hacerlo lo más rápido posible.

Ashenden no respondió. R. dio un par de pasos por la pequeña habitación, se apoyó otra vez contra la chimenea y se encaró con Ashenden. Su boca fina se crispó en una sonrisa sarcástica.

—¿Se ha fijado usted en que al final el informe decía que no se le conocían relaciones con mujeres? Bueno, era verdad, pero ya no lo es. El muy idiota se ha enamorado.

Caminó otra vez hacia la carpeta que había sobre la mesa y extrajo un paquete de cartas atado con una cinta de color azul pálido.

—Aquí están sus cartas de amor. Usted es novelista, puede que le divierta leerlas. De hecho, debería leerlas, pues le ayudarán a hacerse cargo de la situación. Lléveselas y estúdielas.

Volvió a guardar el pequeño fajo de cartas en la carpeta.

—A veces, no se entiende cómo un hombre inteligente y capaz como éste puede caer entontecido por una mujer. Era la última cosa que hubiera esperado de él.

Los ojos de Ashenden se desviaron hacia el jarrón de hermosas rosas que estaba sobre la mesa, pero no dijo nada. R., que no se perdía casi nada, siguió la mirada y su expresión se ensombreció. Ashenden esperó que le preguntara en qué demonios pensaba, pues los sentimientos de R. hacia su subordinado no parecían muy amistosos en ese momento, pero R. se contuvo y prosiguió hablando del asunto que les ocupaba.

—De todos modos, eso ni nos va ni nos viene. El caso es que es que Chandra se ha enamorado perdidamente de una mujer llamada Giulia Lazzari. Está loco por ella.

—¿Sabe usted cómo la conoció?

—Por supuesto. Es bailarina, de danza española, pero es italiana de nacionalidad. Para sus asuntos profesionales se hace llamar «La Malagueña». Ya conoce este tipo de cosas: música popular española, una mantilla, abanico, castañuelas y un poco de garbo al bailar. Ha bailado por toda Europa en los últimos diez años.

—¿Es buena en su arte?

—No, es malísima. Ha trabajado por provincias en Inglaterra, pero ha tenido pocos contratos en Londres. Nunca gana más de diez libras a la semana. Chandra la conoció en Berlín, en un *Tingeltangel,* ya sabe lo que es eso, una especie de cabaret barato de Berlín. Tengo la impresión de que en el continente utiliza su baile básicamente como un medio para ejercer su verdadera profesión de prostituta.

—¿Cómo llegó a Berlín durante la guerra?

—Había estado casada con un español un tiempo. Creo que lo está aún, aunque no viven juntos, y viajaba con pasaporte español. La cuestión es que Chandra cayó como un pajarillo en sus redes. —R. cogió la fotografía otra vez y la observó pensativamente—. Nadie imaginaría que hay algo atractivo en este gordo moreno. ¡Dios mío, a qué velocidad se engordan! Pero el hecho es que ella se ha enamorado tan profundamente de él como él de ella. Tengo también sus cartas, sólo copias, naturalmente, él tiene los originales, y me atrevería a decir que las guarda atadas con una cintita rosa. Está loca por él. No soy un hombre de letras, pero creo que sé distinguir cuándo algo suena a verdad. De todos modos, ya las leerá usted y me dirá lo que le parecen. ¡Y luego dirán que no existe el amor a primera vista!

Sonrió con una sutil ironía. Ciertamente, estaba de buen humor aquella mañana.

—¿Cómo se ha hecho usted con todas estas cartas?

—¿Cómo me hice con ellas? ¿Cómo se lo imagina? Debido a su nacionalidad italiana, Giulia Lazzari fue expulsada de Alemania cuando Italia entró en la guerra. La pusieron en la frontera holandesa. Como tenía un contrato para actuar en Inglaterra, le dieron un visado y... —R. buscó una fecha entre los papeles— y el veinticuatro de octubre pasado salió en barco hacia Harwich desde Rotterdam. Desde entonces, ha bailado en Londres, Birmingham, Portsmouth y otros sitios. Hace unos quince días la detuvieron en Dull.

—¿Por qué?

—Por espionaje. Fue trasladada y yo mismo fui a verla a Holloway.

Ashenden y R. se miraron un momento en silencio, como si cada uno intentara adivinar los pensamientos del otro. Ashenden se preguntaba cuánto había de verdad en lo que le acababa de contar y R. calculaba la cantidad de verdad que era provechoso explicarle.

—¿Cómo llegó a sospechar de ella?

—Encontré extraño que los alemanes la permitieran bailar tranquilamente en Berlín durante semanas y después, sin ninguna razón en concreto, decidieran echarla del país. Sería una buena introducción para una espía.

Y una bailarina que no era demasiado cuidadosa con su virtud podía encontrar ocasiones de averiguar cosas importantes por las que alguien en Berlín podía estar dispuesto a pagar un buen precio. Pensé que lo mejor era dejarla venir a Inglaterra y ver lo que iba a hacer, manteniéndola siempre bajo vigilancia. Descubrí que dos o tres veces a la semana enviaba cartas a una dirección de Holanda y también dos o tres veces cada semana recibía contestación de Holanda. Las suyas estaban escritas en una curiosa mezcla de francés, alemán e inglés; ella hablaba algo de inglés y bastante bien el francés. Pero las respuestas que recibía estaban todas escritas en inglés; un inglés correcto, pero no el inglés de un nativo, sino algo floreado, recargado y bastante grandilocuente. Quise saber quién las escribía. Parecían cartas de amor corrientes, pero había en ellas algo extraño. Estaba muy claro que procedían de Alemania, pero que quien las escribía no era inglés, francés ni alemán. ¿Por qué escribía en inglés? Los únicos extranjeros que saben el inglés mejor que ninguna otra lengua del continente son los orientales, y no los turcos ni los egipcios, ellos hablan francés. Escribiría en inglés un japonés y también un indio. Así llegué a la conclusión de que el amante de Giulia pertenecía al grupo terrorista indio que nos estaba ocasionando problemas en Berlín. No tenía ni idea de que era Chandra Lal hasta que encontré la fotografía.

—¿Cómo la consiguió?

—La llevaba consigo, pero no resultó fácil. Fue un buen trabajo. La guardaba en la maleta, cerrada con llave, junto con otras fotografías de artistas, cantantes, payasos y acróbatas. Podía haber pasado muy bien por el retrato de algún artista de cabaret vestido para el escenario. Más tarde, cuando la detuvimos y le preguntamos de quién era la fotografía, dijo que lo ignoraba, que se la había regalado un adivino indio y que no tenía ni idea de quién era aquella persona ni de cómo se llamaba. Por si acaso, puse a un muchacho muy espabilado a la tarea y encontró muy raro que mera el único retrato del montón que procediera de Calcuta. Advirtió que había un número en el dorso y lo anotó. Naturalmente, la fotografía se colocó otra vez en la maleta.

—¿Por cierto, sólo por curiosidad, cómo llegó su muchacho lince al fotógrafo?

Los ojos de R. relampaguearon.

—Eso no es asunto de su incumbencia. Pero no me importa decirle que fue un golpe maestro del chico. De cualquier modo, no tiene mayor importancia. Cuando tuvimos el número del fotógrafo mandamos un cable a Calcuta y en poco tiempo recibimos la agradable noticia de que el objeto de los afectos de Giulia era nada menos que la persona del incorruptible Chandra Lal. Entonces, consideré mi deber tener más estrechamente vigilada a Giulia Lazzari. Parecía tener una abierta predilección por los oficiales de la marina. No puedo reprochárselo, son muy atractivos, pero no es muy aconsejable para una dama de virtud frágil y nacionalidad dudosa cultivar su compañía en tiempos de guerra. En ese momento, tuve ya una bonita prueba que presentar contra ella.

—¿Cómo se ponía en contacto con los suyos?

—No se ponía en contacto con nadie ni trataba de hacerlo. Los alemanes la habían expulsado de verdad y ella no trabajaba para ellos, trabajaba para Chandra. Cuando acabara su contrato en Inglaterra, planeaba marchar a Holanda otra vez para encontrarse con él. No era muy inteligente en el trabajo porque se ponía nerviosa, pero la cosa parecía fácil, pues nadie se molestaba en fijarse en ella y empezó a hacérsele más interesante. Obtenía mucha información interesante de distinto tipo sin ningún riesgo. En una de sus cartas escribía: «Tengo muchas cosas que contarte, *mon petit chou* querido, que estarás *extrêmement intéressé* de saber», y subrayaba las palabras en francés.

Hizo una pausa y se frotó las manos. En su cara cansada asomó una mirada de satisfacción por su propia astucia.

—Era un espionaje fácil. Por supuesto, ella no me importaba un pepino, de quien yo iba

detrás era de él. Bueno, tan pronto como tuve las pruebas contra ella la detuve. Tenía evidencias suficientes para condenar a un regimiento de espías.

Se metió las manos en los bolsillos y sus labios pálidos se curvaron en una sonrisa que resultó casi una mueca.

—Holloway no es un lugar muy agradable, ya lo sabe usted.

—Imagino que ninguna cárcel lo es —repuso Ashenden.

—La dejé que se cociera en su propio jugo durante una semana, antes de ir a visitarla. Para entonces, estaba en un estado de nervios muy interesante. La vigilanta me dijo que había tenido violentos ataques de histeria durante todo el tiempo. Debo decir que parecía el demonio.

—¿Es bella?

—Lo juzgará usted mismo. No es mi tipo. Creo que mejora cuando se ha maquillado, arreglado y todo eso. Le hablé como si fuera su tío de Holanda, paternalmente, pero le metí todo el miedo en el cuerpo. Le dije que le caerían diez años. Creo que la amenacé, intenté asustarla todo lo que pude. Por supuesto, ella lo negó todo, pero las pruebas estaban allí y le aseguré que con aquello no tenía ninguna posibilidad. Pasé tres horas hablando con ella. Al final, lo confesó todo. Entonces le prometí que la dejaría libre si hacía a Chandra venir a Francia. Se negó en redondo, asegurando que antes prefería morir. Estaba muy histérica y fatigada, y la dejé despotricar. Le dije que meditara sobre lo que le había dicho y que volvería a visitarla al cabo de un par de días para tener otra conversación sobre el asunto. De hecho, dejé pasar una semana. Evidentemente, tuvo tiempo para reflexionar porque cuando volví me preguntó, muy calmada, qué era exactamente lo que le proponía. Llevaba quince días en una celda y yo suponía que ya había tenido bastante. Le planteé lo que quería lo más claramente que pude y aceptó.

—Creo que no entiendo muy bien —dijo Ashenden.

—¿No? Pensaba que estaba claro hasta para la inteligencia más simple. Si ella logra hacer que Chandra cruce la frontera de Suiza y venga a Francia, quedará libre para ir a España o a Sudamérica con el pasaje pagado.

—¿Y quién demonios es ella para conseguir que Chandra lo haga?

—Él está locamente enamorado de ella. Se muere de ganas de verla. Sus cartas rozan la locura de amor. Ella le ha escrito diciéndole que no puede obtener el visado para Holanda, ya le he dicho antes que iba a reunirse con él allí cuando acabara su gira, pero que puede obtener uno para Suiza. Es un país neutral donde él está seguro. Saltó de alegría. Han acordado encontrarse en Lausana.

—Sí.

—Cuando él llegue a Lausana, tendrá una carta de ella que le dirá que las autoridades francesas no le permiten cruzar la frontera y que se dirige a Thonon, que está justo al otro lado del lago desde Lausana, en Francia, y le pedirá que se reúna con ella allí.

—¿Qué le hace pensar que él lo hará?

Hizo una pausa y miró a Ashenden con expresión satisfecha.

—Deberá conseguir que lo haga si no quiere cumplir una condena de diez años de cárcel.

—Entiendo.

—Esta tarde llega de Inglaterra bajo custodia y me gustaría que usted se encargara de llevarla a Thonon en el tren de la noche.

—¿Yo? —exclamó Ashenden.

—Sí. Creo que es el tipo de trabajo que usted puede desempeñar a la perfección. Presumiblemente usted conoce más de la naturaleza humana que la mayoría de la gente. Será un agradable cambio para usted pasar una o dos semanas en Thonon. Tengo entendido que es un lugar encantador, casi de moda en tiempos de paz. Puede darse unos baños allá.

—¿Y qué espera usted que haga una vez haya conducido a la señora a Thonon?

—Le dejo libertad de acción. He confeccionado algunas notas que quizá puedan serle útiles. Se las leeré, ¿le parece?

Ashenden escuchó atentamente. El plan de R. era sencillo y explícito. No pudo dejar de

sentir una involuntaria admiración por la mente que lo había urdido. Cuando terminó, R. sugirió que fueran a comer y le pidió que le llevara a algún restaurante concurrido por gente elegante. Divirtió a Ashenden ver a R., tan duro, seguro de sí mismo y eficaz en su despacho, encogerse con timidez cuando atravesaron las puertas del restaurante. Hablaba demasiado alto, como para mostrar que se encontraba a sus anchas y como en su casa, pero sus maneras no ocultaban la vida oscura y corriente que había llevado hasta que los azares de la guerra le habían elevado a una posición encumbrada. Se le veía feliz de estar en aquel lujoso restaurante, codo con codo con personas que ostentaban apellidos ilustres o distinguidos, pero se sentía inseguro como un escolar en su primera escapada y no podía disimularlo a los perspicaces ojos del *maître d'hôtel*. Paseó rápidamente la vista por la concurrencia y su rostro escurridizo resplandeció con una vanidad y una autocomplacencia de las que se le veía avergonzarse un poco. Ashenden desvió su atención hacia una dama poco agraciada, pero con atractiva figura, que vestía un elegante traje negro y llevaba un largo collar de perlas.

—Es madame de Brides, la amante del Gran Duque Teodoro. Es probablemente una de las mujeres más influyentes de Europa y, en verdad, una de las más inteligentes.

Los penetrantes ojos de R. se clavaron en ella un momento y se estremeció un poco.

—¡Por Dios! Esto es vivir.

Ashenden le observó con curiosidad. El lujo resulta peligroso para las personas que nunca lo han conocido y a las que sus tentaciones se les ofrecen de repente. El brillo y la sensualidad del escenario que tenía ante sus ojos cautivaba a R., aquel hombre tan duro, astuto y cínico. Igual que la cultura da a una persona el arte de hablar de cosas intranscendentes con distinción, la costumbre del lujo permite contemplar sus encajes y puntillas sin deslumbrarse.

Cuando acabaron la comida y saboreaban el café, Ashenden vio que R. estaba ablandado por los exquisitos platos y vinos, y retomó el tema que ocupaba sus pensamientos.

—Ese tipo indio debe ser un sujeto bastante notable, ¿no? —dijo.

—Tiene cerebro, por supuesto.

—No puede uno por menos de sentirse impresionado ante un hombre que posee el valor de enfrentarse prácticamente sólo a todo el poderío inglés en la India.

—Yo no me pondría sentimental si estuviera en su lugar. No es nada más que un peligroso criminal.

—Supongo que no utilizaría bombas si pudiera mandar unas cuantas baterías y media docena de batallones. Utiliza las armas que están a su alcance. No puede usted reprocharle eso. Después de todo, no está luchando para sí mismo, ¿no? Está luchando por la libertad de su país. Si lo observamos así, parece que sus acciones están justificadas.

Pero R. no podía entender lo que su interlocutor le estaba hablando.

—Eso son ideas morbosas y desviadas —dijo—. No tienen nada que ver con nosotros. Nuestro trabajo es echarle el guante y después fusilarle.

—Por supuesto. Ha declarado la guerra y debe aceptar su suerte. Cumpliré sus instrucciones, para eso me encuentro aquí, pero no veo ningún mal en considerar que en él hay algo digno de ser admirado y respetado.

Volvía a ser otra vez el frío y astuto juez de sus subordinados.

—Todavía no he acabado de decidir si los mejores hombres para esta clase de trabajo son los que se dejan llevar por la pasión o los que por el contrario mantienen fría la cabeza. Los primeros están llenos de odio por la gente contra la que nos enfrentamos y, cuando los abatimos, experimentan una satisfacción muy parecida a la satisfacción de una venganza personal. Desde luego, son muy perspicaces en su trabajo. Pero el caso de usted es diferente, ¿verdad? Usted contempla esto como un juego de ajedrez y parece no tener sentimientos ni hacia una parte ni hacia la otra. No puedo comprenderlo muy bien, aunque reconozco que para alguna clase de cometidos es exactamente lo que se necesita.

Ashenden no respondió. Pidió la cuenta y regresó al hotel con R.

El tren partía a las ocho. Cuando hubo colocado su equipaje, Ashenden dio un paseo por el

andén. Encontró el vagón en el que viajaba Giulia Lazzari, pero ésta estaba sentada en un rincón fuera de la luz, por lo que no pudo verle la cara. Iba custodiada por dos detectives a quienes se los había entregado la policía inglesa en Boulogne. Uno de ellos trabajaba con Ashenden en el lado francés del lago de Ginebra y cuando Ashenden subió le saludó con un movimiento de cabeza.

—He preguntado a la señora si quería cenar en el vagón restaurante, pero prefiere hacerlo en el compartimento, de manera que he pedido que traigan aquí unos platos preparados, ¿le parece bien?

—Muy bien —respondió Ashenden.

—Mi compañero y yo nos turnaremos para ir a cenar al restaurante para que no se quede sola.

—Es muy considerado por su parte. Yo vendré cuando hayamos arrancado para hablar con ella.

—No parece muy dispuesta a estar comunicativa —advirtió el detective.

—Nadie lo esperaría —replicó Ashenden.

Continuó su camino para coger un vale para el segundo turno del servicio de restaurante y retornó a su vagón. Giulia Lazzari estaba acabando de cenar cuando él volvió más tarde a su compartimento. Con una ojeada al plato dedujo que no había cenado con poco apetito. El detective que la vigilaba abrió la puerta a Ashenden cuando éste apareció y los dejó solos a una indicación suya. Giulia Lazzari le dirigió una mirada malhumorada.

—Espero que haya cenado lo que le apetecía —empezó él, sentándose enfrente.

Ella asintió con la cabeza ligeramente, pero no dijo nada. Él sacó su pitillera.

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció.

Ella le miró, pareció vacilar y finalmente tomó uno, todavía sin pronunciar palabra. Ashenden cogió una cerilla, le encendió el cigarrillo y la miró. Estaba sorprendido. Por alguna razón desconocida había supuesto que sería rubia, quizá por la vaga idea de que un oriental caería con más facilidad ante una rubia que ante una morena, y en cambio era casi cetrina. Tenía el cabello oculto por un ceñido sombrero, pero sus ojos lucían negros como el carbón. No era una mujer joven, podría tener alrededor de treinta y cinco años, y su piel era de color amarillo y con algunas arrugas. En aquel momento no iba maquillada y tenía una expresión de cansancio. No había nada hermoso en ella excepto sus magníficos ojos. Era corpulenta, y Ashenden pensó que debía de serlo demasiado para bailar con gracia. Quizá con el vestido de baile español su figura resultara más atractiva, pero allí, en el tren, con un arrugado vestido, no había nada en ella que justificara la pasión del hindú. Ella escrutaba a Ashenden con atención, preguntándose claramente qué tipo de hombre era. Lanzó una nube de huno por la nariz, lo observó en el aire y volvió a mirar a Ashenden. Éste advirtió que su hosquedad era sólo una pose, estaba nerviosa y asustada. Entonces la mujer habló en francés, con acento italiano.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no le diría nada, madame. Me dirijo a Thonon. Le he reservado una habitación en el hotel de la Place. Es el único abierto en esta temporada. Creo que lo encontrará cómodo.

—¡Ah! Usted es el hombre de quien me habló el coronel. Usted es mi carcelero.

—Es únicamente una cuestión de forma. No seré una intromisión en absoluto.

—De cualquier modo, es usted mi carcelero.

—Espero que no por mucho tiempo. En el bolsillo llevo su pasaporte, debidamente legalizado para permitirle ir a España.

Ella se hundió en el rincón del compartimento. A la escasa luz, su rostro, pálido bajo aquellos enormes negros, expresó repentinamente la imagen de la desesperación.

—Esto es una infamia. Creo que moriría feliz si pudiera matar a ese viejo coronel. No tiene corazón. Soy muy desgraciada.

—Me temo que es usted misma quien se ha puesto en una infortunada situación. ¿No sabía usted que el espionaje es un juego peligroso?

—Nunca he vendido ningún secreto. No he hecho ningún daño.

—Seguramente sólo porque no tuvo ocasión. Tengo entendido que firmó usted una confesión completa.

Ashenden le hablaba con el tono más amistoso posible, casi como si se dirigiera a un enfermo, y no había la menor rudeza en su voz.

—¡Oh, sí! Hice el estúpido todo lo que pude. Escribí la carta que el coronel dijo que tenía que escribir. ¿No es ya bastante? ¿Qué va a pasarme si él no contesta? Yo no puedo obligarle a venir si él no quiere.

—Ya ha contestado —le informó Ashenden—. Tengo la respuesta encima.

Ella dio un respingo y la voz se le quebró.

—¡Oh!, enséñemela, le suplico que me deje verla.

—No tengo ninguna objeción, pero debe usted devolvérmela.

Sacó del bolsillo la carta de Chandra y se la tendió. Ella se la arrebató de la mano. La devoró con los ojos; eran ocho páginas y, mientras la leía, las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Entre su llanto, lanzaba breves exclamaciones de amor, llamando a aquella persona con nombres cariñosos, a veces en francés a veces en italiano. Era la carta que Chandra había escrito en respuesta a la suya, en la que, siguiendo las instrucciones de R., le decía que se encontraría con él en Suiza. Estaba loco de alegría ante el proyecto. En la carta, le decía en frases apasionadas cuán largo le había parecido el tiempo desde que se habían separado, cómo la había añorado, y que no sabía cómo podría contener su impaciencia, ahora que iba a volver a verla pronto. Ella acabó de leer la carta y la dejó caer al suelo.

—Ya ve usted que me quiere, ¿no? No hay ninguna duda. Entiendo algo de esto, créame.

—¿Y usted le quiere de verdad? —inquirió Ashenden.

—Es el único hombre que ha sido amable conmigo. La vida que se lleva de cabaret en cabaret y *music-halls,* viajando por toda Europa, sin descansar nunca, no es muy alegre; y los hombres... los hombres que frecuentan estos sitios no son gran cosa. Al principio creí que él era igual que todos.

Ashenden recogió la carta del suelo y se la guardó nuevamente en el bolsillo.

—Hemos enviado un telegrama en su nombre a la dirección de Holanda, diciendo que se encontraría usted en el hotel Gibbons de Lausana el día 14.

—Eso es mañana.

—Sí.

La mujer irguió la cabeza y sus ojos centellearon.

—Lo que me obligan a hacer es infame. Es una vergüenza.

—No está usted obligada a hacerlo —apuntó Ashenden.

—Y... ¿si no?

—Me temo que deberá asumir las consecuencias.

—¡No quiero ir a la cárcel! —gritó la mujer, de pronto—. ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Me queda tan poco tiempo! Él me dijo que eran diez años. ¿Es posible que me sentenciaran a diez años?

—Si el coronel se lo dijo, es muy posible.

—¡Oh! Le conozco. Ese rostro tan cruel... No tendría piedad. ¿Cómo estaría yo dentro de diez años? ¡Oh, no, no!

En ese momento, el tren se detuvo en una estación y el detective que aguardaba en el corredor llamó a la ventanilla del compartimento. Ashenden abrió la puerta y el hombre le entregó una tarjeta postal. Era una bonita vista de Pontarlier, la estación fronteriza entre Francia y Suiza, que mostraba una polvorienta plaza de pueblo, con una estatua en el centro y unos pocos árboles bajos. Ashenden le tendió una pluma.

—Escribirá esta tarjeta a su amante. La echaremos al correo en Portarlier. Diríjala al hotel de Lausana.

Le miró, pero cogió la tarjeta sin responder y escribió lo que él le indicaba.

—Ahora, escriba en la otra cara: «Retraso en la frontera, pero todo va bien. Espérame en Lausana». Añada lo que quiera, besos o algo así.

Cuando hubo acabado, le cogió la postal para ver si había escrito lo que le había dicho y

recogió su sombrero.

—Bien, ahora la dejo. Espero que duerma bien. Vendré a buscarla mañana, cuando lleguemos a Thonon.

El segundo detective había regresado ya de cenar y cuando Ashenden salió, los dos hombres entraron en el compartimento. Giulia Lazzari se había acurrucado en su rincón. Ashenden entregó la tarjeta postal a un agente que aguardaba para llevarla a Pontarlier y después se encaminó a su coche cama por el atestado tren.

La mañana siguiente amaneció luminosa y soleada, aunque fría, cuando llegaron a su destino. Tras confiar su equipaje a un mozo, Ashenden se encaminó al andén, donde Giulia Lazzari y los dos detectives aguardaban. Los saludó.

—Buenos días. Ya no han de esperar más.

Los dos detectives saludaron llevándose la mano al sombrero, dijeron adiós a la mujer y marcharon.

—¿Dónde van? —preguntó ella.

—Lejos. Ya no la molestarán más.

—Entonces, ¿estoy ahora bajo su vigilancia?

—No está usted bajo ninguna vigilancia. Me permitiré acompañarla a su hotel y allí la dejaré para que intente usted descansar un poco.

El mozo que llevaba el equipaje de Ashenden cogió su maletín y ella le entregó el resguardo para recoger su maleta. Después, salieron de la estación. Un coche los aguardaba fuera y Ashenden la hizo subir primero. Había un trayecto largo hasta el hotel y Ashenden notó que la mujer le miraba de reojo de tanto en tanto. Parecía perpleja. Él siguió el viaje sin decir una palabra. Cuando llegaron al hotel —un hotel pequeño, muy bien situado en la esquina de un pequeño paseo y con una maravillosa vista— el propietario los acompañó a la habitación reservada para la señora Lazzari. Ashenden se volvió hacia él.

—Me parece que está todo perfecto. Bajaré dentro de un momento, gracias.

El propietario saludó con la cabeza y se retiró.

—Haré cuanto esté en mi mano para asegurarme de que está usted cómoda, madame —dijo Ashenden—. Aquí es usted completamente dueña de sus actos y puede pedir todo lo que desee. Para el dueño del hotel usted es un huésped exactamente igual que cualquier otro. Es usted totalmente libre.

—¿También libre para salir? —preguntó ella, rápidamente.

—Por supuesto.

—Con un policía a cada lado, me imagino.

—En absoluto. Está tan libre en este hotel como lo estaría en su propia casa y puede salir y entrar a su elección. Lo único que le pido es que me asegure que no escribirá cartas sin mi conocimiento y no intentará salir de Thonon sin mi permiso.

Miró fijamente a Ashenden un momento. No podía creer lo que le ocurría y parecía pensar que era un sueño.

—Me hallo en una situación que me fuerza a prometerle todo lo que me pide. Le doy mi palabra de honor de que no escribiré una carta sin mostrársela ni intentaré salir de la ciudad.

—Gracias. Ahora, la dejo. Me permitiré el placer de venir a verla mañana por la mañana.

Saludó con la cabeza y salió. Se detuvo cinco minutos en la comisaría de policía para comprobar que todo se hallaba en orden y después tomó el coche que le condujo, camino arriba, a una casa aislada situada en lo alto de la colina, a las ameras del pueblo, donde se alojaba en sus visitas periódicas a aquel lugar. Resultaba agradable darse un baño, afeitarse y calzarse las zapatillas. Se sentía perezoso y pasó el resto de la mañana leyendo una novela.

En cuanto oscureció, pues incluso en Thonon, aunque estaba en Francia, se consideraba conveniente llamar la atención sobre Ashenden lo menos posible, vino a visitarle un agente de la comisaría de policía. Su nombre era Félix. Se trataba de un francés pequeño y moreno, con unos ojos penetrantes y sin afeitar, que vestía un traje gris raído e iba bastante desaliñado, por lo que semejaba un pasante de abogado en paro. Ashenden le ofreció un vaso de vino y los dos se sentaron junto a la chimenea.

—Bueno, su dama no ha perdido el tiempo —dijo el agente—. Un cuarto de hora después de llegar salió del hotel con un paquete de ropa y baratijas que ha vendido en una tienda cercana al mercado. Cuando el vapor de la tarde llegó, fue al muelle y compró un billete para Évian.

Es preciso explicar que Évian era el lugar más cercano por la parte francesa del lago y que, cruzándolo, el vapor iba desde allí hasta la parte suiza.

—Por supuesto, carecía de pasaporte, por lo que le denegaron el permiso para embarcar.

—¿Cómo explicó que no tenía pasaporte?

—Dijo que lo había olvidado, que tenía una cita con unos amigos en Évian, e intentó convencer al oficial revisor de que la dejase embarcar. Incluso intentó meterle un billete de cien francos en la mano.

—Debe ser una mujer más estúpida de lo que yo pensaba —dijo Ashenden.

Pero cuando al día siguiente se dirigió a verla a las once de la mañana, no le hizo el menor comentario a su intentona de escapar. Había tenido tiempo de arreglarse y, ahora, con el cabello cuidadosamente peinado y las mejillas y los labios pintados, se veía menos ojerosa y ajada que cuando la había visto por primera vez.

—Le he traído algunos libros —dijo Ashenden—. Tengo miedo de que el tiempo se le haga muy largo.

—¿Y eso qué le importa?

—Deseo que no sufra ninguna molestia que se pueda evitar. En cualquier caso, yo le dejo aquí los libros y usted los lee o no, como guste.

—¡Si supiera cómo le odio!

—Sin duda, me haría sentir muy mal, aunque verdaderamente no sé por qué. Me limito a cumplir lo que me han ordenado.

—¿Qué quiere ahora de mí? Supongo que no habrá venido sólo a interesarse por mi salud.

Ashenden sonrió

—Quiero que escriba usted una carta a su amante diciéndole que, debido a algunas irregularidades en su pasaporte, las autoridades suizas no le permiten atravesar la frontera, por lo que ha venido usted aquí, un lugar tranquilo y agradable, tan tranquilo que apenas se da uno cuenta de que hay guerra; y que proponga a Chandra que se reúna aquí con usted.

—¿Cree que está loco? Se negará.

—Entonces, tendrá que emplearse a fondo para persuadirle.

Se quedó mirando a Ashenden mucho rato antes de contestarle. Él sospechó que en su interior sopesaba si escribir la carta y adoptar una actitud dócil le ayudaría a ganar tiempo.

—Bien, dícteme y escribiré lo que usted diga.

—Casi preferiría que lo escribiera usted misma, a su manera.

—Déme media hora y tendrá la carta preparada.

—Esperaré aquí —dijo Ashenden.

—¿Por qué?

—Porque lo prefiero así.

Sus ojos centellearon con furia, pero se dominó y no dijo nada. En un cajón de la cómoda había material para escribir. Se sentó delante del tocador y empezó la carta. Cuando se la tendió a Ashenden, éste vio que, incluso bajo el colorete, estaba muy pálida. Era la carta de una persona no acostumbrada a expresarse con papel y lápiz, pero estaba bastante bien y transmitía pasión cuando, hacia el final, la mujer decía al hombre cuánto le amaba, transportada por la emoción y con todo su corazón.

—Ahora, añada: «El hombre que te lleva esto es suizo y puedes confiar en él de modo absoluto. No he querido que la censura viera la carta».

Ella vaciló un momento, pero después copió sus palabras.

—¿Cómo se deletrea «absoluto»?

—Como usted quiera. Ahora, ponga la dirección en el sobre y la relevaré de mi incómoda presencia.

Entregó la carta al agente que estaba esperando para que la llevara al otro lado del lago.

Aquella misma noche, Ashenden le llevó la contestación al hotel. Giulia le arrancó la carta de la mano y se la apretó un momento contra el pecho. Cuando la leyó, lanzó una exclamación de alivio.

—¡No vendrá!

La carta, en el inglés afectado y barroco que empleaba el hindú, expresaba su triste decepción. Decía a Giulia cuán intensamente había deseado verla y le imploraba que hiciera todo lo que pudiera en el mundo para resolver las dificultades que la impedían cruzar la frontera. Le resultaba imposible de todo punto acudir, imposible, pues habían puesto precio a su cabeza y resultaba una completa locura pensar siquiera en arriesgarse. Al final intentaba bromear: «No querrás que maten a tu querido gordito, ¿verdad?».

—¡No va a venir! ¡No va a venir! —repetía ella.

—Tiene que escribirle y decirle que no hay ningún peligro. Debe decirle que si lo hubiera ni soñaría siquiera con pedírselo. Ha de decirle que, si la quiere, no ha de vacilar.

—No lo haré. No lo haré.

—No sea necia. Intente ayudarse a sí misma.

Giulia rompió a llorar con sollozos desgarradores. Se arrodilló y abrazándose a las piernas de Ashenden le imploró que tuviera compasión de ella.

—Haré cualquier cosa en el mundo si me deja usted marchar.

—No sea absurda —dijo Ashenden—. ¿Cree que quiero convertirme en su amante? Vamos, vamos, compórtese. Ya conoce usted la alternativa.

Se levantó y, en un repentino acceso de furia, lanzó una lluvia de insultos y palabrotas sobre Ashenden.

—Me gusta usted mucho más así —dijo él—. Ahora, ¿va usted a escribir o mando llamar a la policía?

—No va a venir. Es inútil.

—Le interesa a usted bastante hacerle venir.

—¿Qué insinúa con eso? ¿Quiere usted decir que si hago todo lo que puedo y fracaso... ?

Le miró con ojos de ira.

—Sí, quiere decir o él o usted.

Titubeó y se llevó la mano al pecho. Después, en absoluto silencio, fue a buscar papel y pluma. Pero la carta que escribió no salió a gusto de Ashenden y éste se la hizo escribir de nuevo. Cuando acabó, se tiró sobre la cama y rompió a llorar otra vez apasionadamente. Su pena era verdadera, pero había algo teatral y melodramático en su modo de manifestarla, que prevenía a Ashenden de conmoverse. Pensó que su relación con ella era igual de impersonal que la de un médico en presencia de un dolor que no puede aliviar. Entendió ahora por qué R. le había encargado aquella peculiar tarea; exigía una cabeza fría y una emotividad controlada.

No la vio hasta el día siguiente. No le entregaron la respuesta a la carta hasta después de comer, en que Félix la llevó a la casita de Ashenden.

—Bueno, ¿qué novedades hay?

—Nuestro amiga se está desesperando —sonrió el francés—. Esta tarde se encaminó a la estación cuando estaba a punto de salir un tren para Lyon. Miraba a un lado y a otro, como dudando, y me acerqué a ella y le pregunté si podía ayudarle en algo, presentándome como agente de la Sûreté. Si las miradas mataran, le aseguro que no me encontraría ahora aquí.

—Siéntese, *mon ami* —invitó Ashenden.

—*Merci.* Se marchó, pensando, evidentemente, que no tenía sentido intentar subir al tren. Pero tengo algo mucho más interesante que contarle. Le ha ofrecido mil francos al dueño de un bote en el lago si la cruza hasta Lausana.

—¿Qué le ha contestado él?

—Le ha dicho que no podía arriesgarse.

—¿Ah, sí?

El francés se encogió de hombros ligeramente y sonrió.

—Ella le ha pedido que se encuentren a las diez de esta noche en la carretera que va a Évian para hablarlo otra vez y le ha dado a entender que no rechazará muy enérgicamente

algunos avances amorosos. Yo le he dicho que haga lo que le parezca mientras me tenga al corriente de todo lo que sea importante.

—¿Está seguro de que puede confiar en él? —preguntó Ashenden.

—Bastante. No sabe nada, por supuesto, sólo que la tenemos bajo vigilancia. No tema por él. Es un buen chico, le conozco de toda la vida.

Ashenden se dispuso a leer la carta de Chandra. Era una carta vehemente y apasionada, en la que vibraba el doloroso anhelo de su corazón. ¿Amor? Sí, si Ashenden sabía un poco de eso, se trataba de algo verdadero. El hombre le contaba cómo pasaba horas y horas paseando a la orilla del lago y mirando la costa francesa. ¡Cuán cerca estaban y, sin embargo, cuán desesperadamente separados! Repetía una y otra vez que no podía venir y le suplicaba que no se lo pidiera; pues haría cualquier cosa en el mundo por ella, pero a esto no se atrevía. Mas, si insistía ¿cómo iba a resistirse? Le suplicaba que se compadeciera de él. Se extendía luego en un largo lamento ante el pensamiento de tener que marcharse sin verla, le preguntaba si no había ningún medio por el que pudiera escabullirse y atravesar, y le juraba que si alguna vez volvía a estrecharla entre sus brazos, jamás la dejaría marchar. El estilo recargado y forzado con que estaba escrita la carta no ocultaba el fuego intenso que ardía en sus páginas; era la carta de un exaltado.

—¿Cuándo le informarán del resultado de la entrevista con el barquero? —inquirió Ashenden.

—He quedado en encontrarme con él en el embarcadero entre la once y las doce de la noche.

Ashenden consultó el reloj.

—Le acompañaré.

Los dos hombres bajaron caminando la colina y cuando llegaron al muelle se guarecieron del frío viento que soplaba junto a la pared del edificio de aduanas. Al cabo de un rato, vieron aproximarse a un hombre y Félix salió de entre las sombras que lo escondían.

—¿Antonio?

—¿Monsieur Félix? Tengo una carta para usted. Prometí llevarla a Lausana en el primer barco de la mañana.

Ashenden echó al hombre una ojeada, pero no preguntó nada sobre lo que había ocurrido entre él y Giulia Lazzari. Cogió la carta y a la luz de la linterna de Félix la leyó. Estaba escrita en un defectuoso alemán:

No vengas bajo ningún concepto. No hagas caso de mis cartas. Hay peligro. Te adoro, amor mío. No vengas.

Se la guardó en el bolsillo, dio al barquero cincuenta francos y se volvió a casa a acostarse. Pero cuando al día siguiente fue a visitar a Giulia Lazzari, se encontró la puerta cerrada con llave. Llamó con los nudillos durante un rato sin recibir respuesta. Entonces habló desde detrás de la puerta.

—Madame Lazzari, abra la puerta. Deseo hablar con usted.

—Estoy acostada. Me encuentro mal y no quiero ver a nadie.

—Lo siento, pero tiene que abrir la puerta. Si se encuentra indispuesta, llamaré a un médico.

—No, márchese. No quiero ver a nadie.

—Si no abre la puerta, mandaré buscar a un cerrajero y haré que la fuerce.

Se produjo un silencio y oyó el girar de la llave en la cerradura. Ashenden entró. Vestía una bata y tenía el cabello despeinado; era verdad que acababa de levantarse de la cama.

—Estoy al límite de mis fuerzas. Ya no puedo aguantar más. Me parece que con sólo mirarme se advierte que me encuentro mal. Me he sentido enferma toda la noche.

—No la entretendré mucho. ¿Quiere que venga a verla un médico?

—¿Qué bien puede hacerme un médico?

En respuesta, Ashenden sacó del bolsillo la carta que le había entregado el barquero y se la tendió.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó.

Ella se sobresaltó al ver el papel y su rostro cetrino adquirió un tinte casi verdoso.

—Me dio usted su palabra de honor de que no intentaría escapar y no escribiría una carta sin mi consentimiento.

—¿Creía que iba a cumplir mi palabra? —exclamó ella, con una voz vibrante de desprecio.

—No. Para decirle la verdad, no fue sólo por su comodidad por lo que la instalamos en un hotel confortable en lugar de llevarla a la cárcel local. Creo que debo decirle que aunque es usted libre para entrar y salir a su antojo, tiene usted tantas posibilidades de escapar de Thonon como si tuviera los grilletes en una pierna en una celda de la cárcel. Es tonto que pierda el tiempo en escribir cartas que nunca van a ser entregadas.

—*Cochon.*

Le escupió el insulto a la cara con toda la violencia y la rabia que sentía.

—En cambio, debe usted sentarse y escribir una carta, que sí será entregada.

—Nunca. No voy a hacer nada más. No voy a escribir una sola palabra más.

—Usted vino aquí bajo el sobreentendido de que haría usted determinadas cosas.

—No las haré. Se acabó.

—Haría mejor en reflexionar un poco.

—¡Reflexionar! Ya he reflexionado. Puede usted hacer lo que quiera, no me preocupa.

—Muy bien, le daré cinco minutos para cambiar de opinión.

Ashenden sacó su reloj de bolsillo y miró la hora. Luego, se sentó en el borde de la cama deshecha.

—¡Oh! Este hotel me altera los nervios. ¿Por qué no me metió en la cárcel? ¿Por qué, por qué? Allá adonde voy noto a los espías en los talones. Es infamante lo que ustedes me están obligando a hacer. ¿Cuál es mi delito? Dígame, ¿qué he hecho yo? ¿No soy una mujer? Es canallesco lo que me piden que haga. Una vileza.

Hablaba en voz alta y aguda mientras se paseaba de un lado para otro por la habitación. Finalmente, pasaron los cinco minutos. Ashenden no había pronunciado una palabra. Se levantó.

—¡Sí, vaya, vaya! —le gritó ella. Luego le lanzó varios insultos.

—Ahora vuelvo —dijo Ashenden.

Sacó la llave de la puerta al salir y la cerró por fuera. Bajó al vestíbulo, escribió apresuradamente una nota y la envió con el botones del hotel a la comisaría de policía. Después, volvió a subir. Giulia Lazzari se había tumbado en la cama con la cabeza vuelta hacia la pared. Todo su cuerpo se estremecía con unos sollozos convulsivos. Pareció que no le había oído entrar. Ashenden se sentó en una silla delante del tocador y se distrajo observando los diferentes objetos que había encima. El juego de tocador era barato, simple y no demasiado limpio. Junto a él estaban los habituales tarros de colorete y cremas y unos frascos con rimmel para las cejas y las pestañas. Las horquillas eran horribles y mugrientas. La habitación estaba desordenada y apestaba a aroma de perfume barato. Ashenden pensó en los cientos de habitaciones de hoteles de tercera que debía de haber ocupado en el curso de su vida errante por unas ciudades de provincias a otras y de unos países a otros. Se preguntó cuáles serían sus orígenes. Ahora era una mujer vulgar y ordinaria, pero ¿qué había sido de joven? No era el tipo de mujer que él hubiera supuesto que seguiría aquella carrera, pues no parecía sacar mucho provecho de ella, y se preguntó si no procedería de alguna familia de cómicos, de las que hay por todo el mundo, y en las que una generación tras otra son bailarines, acróbatas, cómicos o cantantes. O si habría caído en aquella vida casualmente, por seguir a algún amante de aquella profesión que durante algún tiempo la hubiese hecho su compañera de espectáculo. Y qué hombres habría conocido en todos aquellos años, compañeros de los espectáculos en los que actuaba, agentes y representantes que considerarían un privilegio de su posición disfrutar de sus favores, comerciantes o empresarios bien situados, o los jóvenes espabilados de los varios pueblos donde actuaba, momentáneamente atraídos por su sensualidad de mujer o de artista bailarina. Para ella, serían los clientes que pagaban, a

quienes aceptaba con indiferencia, como el complemento, reconocido y admitido, de su miserable salario, pero quizá para esos hombres ella representara la ilusión de un romance. En sus brazos comprados, alcanzaban la visión del mundo brillante de las capitales, y también, aunque distante y a veces sórdida, de la aventura y el atractivo de una vida más amplia.

Se oyó llamar a la puerta y Ashenden contestó en seguida:

—*Entrez!*

Giulia Lazzari dio un respingo en la cama y se incorporó.

—¿Quién es? —preguntó.

Emitió un sonido entrecortado cuando reconoció a los dos detectives que la habían conducido desde Boulogne y la habían entregado a Ashenden en Thonon.

—¡Ustedes! ¿Qué quieren ustedes? —gimió.

—*Allons, levez-vous* —dijo uno de los hombres, y su voz tenía una dureza cortante que indicaba que atajaría por anticipado cualquier resistencia.

—Me temo que tendrá que levantarse, madame Lazzari —indicó Ashenden—. Voy a ponerla otra vez al cuidado de estos señores.

—¡Cómo voy a levantarme! Estoy enferma, se lo he dicho. No puedo ponerme en pie. ¿Quieren ustedes matarme?

—Si no se viste usted, tendremos que vestirla nosotros y me parece que no vamos a hacerlo muy bien. ¡Vamos, vamos, no tengamos ahora una escena!

—¿Dónde van a llevarme?

—La devuelven a usted a Inglaterra.

Uno de los detectives la cogió por el brazo.

—¡No me toque! ¡No se me acerque! —chilló ella furiosamente.

—Déjela —dijo Ashenden—. Estoy seguro de que va a entender la conveniencia de crear los menos problemas posibles.

—Me vestiré yo.

Ashenden la observó mientras se quitaba la bata y se embutía un vestido por la cabeza. Se calzó unos zapatos que eran claramente demasiado pequeños para su pie. Se arregló el pelo. Mientras hacía todo esto, lanzaba de vez en cuando a los detectives una mirada rápida de odio. Ashenden se preguntó si tendría temple suficiente para seguir adelante. R. le llamaría un maldito imbécil, pero Ashenden casi deseaba que sí lo tuviera. Ella se acercó al tocador y Ashenden se levantó para dejarla sentar. Se puso crema rápidamente en la cara y en seguida se la limpió con una toalla sucia; se empolvó y se pintó los ojos. Pero la mano le temblaba. Los tres hombres la observaban en silencio. Se extendió el colorete sobre las mejillas y se pintó la boca. Después se puso un sombrero. Ashenden hizo un ademán al detective y éste sacó unas esposas de su bolsillo y se dirigió hacia ella. Al verlas, la mujer retrocedió instintivamente y abrió los brazos.

—*Non, non, non. Je ne veux pas.* No, eso no. No. No

—Vamos, *ma fille,* no sea tonta —dijo rudamente el detective.

Como buscando protección, lo cual le sorprendió mucho, echó los brazos al cuello de Ashenden.

—¡No deje que me lleven! ¡Tenga piedad de mí! ¡No puedo, no puedo!

Ashenden se desasió como pudo.

—No puedo hacer nada más por usted.

El detective le sujetó las muñecas y, cuando estaba a punto de ponerle las esposas, ella se tiró al suelo lanzando un grito.

—¡Haré lo que quiera! ¡Lo haré todo!

A una señal de Ashenden, los detectives abandonaron la habitación. Aguardó unos momentos hasta que ella recuperó un poco la calma. Estaba tendida en el suelo, llorando con desconsuelo. Él la puso en pie y la hizo sentarse.

—¿Qué quiere que haga? —boqueó ella.

—Quiero que escriba otra carta a Chandra.

—La cabeza me da vueltas. No puedo poner dos frases juntas. Debe darme un poco de

tiempo.

Pero Ashenden pensó que era mejor hacerla escribir la carta mientras estaba todavía bajo el efecto del miedo. No quería darle tiempo para tranquilizarse y dominarse.

—Yo le dictaré la carta. Lo único que tiene que hacer es copiar exactamente lo que yo le diga.

Giulia lanzó un profundo suspiro, pero cogió la pluma y el papel y se sentó con ellos delante del tocador.

—Si hago esto y... y usted lo consigue, ¿cómo sé que me dejaran marchar?

—El coronel lo prometió. Tiene usted mi palabra de que yo cumpliré sus instrucciones.

—Es que sería una estúpida si traicionara a mi amigo y luego me metieran en la cárcel durante diez años.

—Le voy a decir cuál es la mejor garantía que tiene usted de nuestra buena fe. Excepto por Chandra, usted no tiene ninguna importancia para nosotros. ¿Por qué habríamos de cargar con la molestia y el gasto de meterla en la cárcel cuando ya no puede usted hacernos el menor daño?

Ella reflexionó un momento. Se había dominado. Parecía que, agotadas sus emociones, había vuelto a ser la mujer sensata y práctica que era.

—Dígame lo que quiere que escriba.

Ashenden vaciló. Pensaba que podía redactar la carta más o menos como ella la hubiera redactado espontáneamente, pero debía considerarlo. No debía mostrar un estilo fluido ni literario. Sabía que en momentos de emoción la gente tendía a ser melodramática y afectada. Eso en un libro o en el escenario siempre suena falso, y el autor tiene que hacer hablar a sus personajes de una manera más simple y con menos énfasis de como lo hacen. Era un momento serio, pero Ashenden tenía la sensación de que había en él elementos cómicos.

—«No sabía que amaba a un cobarde —empezó—. Si me quisieras de verdad no vacilarías cuando te suplico que vengas... » Subraye «vacilarías» dos veces —siguió—. «Y cuando te juro que no hay ningún peligro. Si no me quieres, haces bien en no acudir. No vengas. Vuelve a Berlín donde estás seguro. Me encuentro mal y estoy sola aquí. He enfermado esperándote y diciéndome cada día que vendrías. Si me amaras no dudarías tanto. Está muy claro que no me quieres. Me siento enferma y decepcionada de ti. No tengo dinero y no puedo quedarme más en este hotel, no hay nada que me retenga. Puedo obtener un contrato en París, pues allí tengo un amigo que me ha hecho proposiciones muy buenas. He empleado mucho tiempo en ti y mira lo que he conseguido. Se acabó. Adiós. Nunca encontrarás una mujer que te quiera como yo te he querido. No puedo permitirme rechazar la propuesta de mi amigo, y le he puesto un telegrama y, tan pronto como reciba su respuesta, marcharé a París. No te reprocho que no me quieras, pues de eso no se tiene la culpa, pero debes entender que sería tonta si continuara malgastando mi vida de esta manera. La juventud no dura eternamente. Adiós. Giulia. »

La carta no satisfizo del todo a Ashenden cuando la leyó escrita, pero era lo mejor que se le había ocurrido. Por otra parte, tenía un aire de verosimilitud del que el texto carecía, pues, como ella sabía poco inglés, lo había escrito de oído, con atroces faltas de ortografía y con una letra de niño; había tachado algunas palabras y había vuelto a escribirlas, y había puesto algunas frases en francés. Además, las lágrimas habían caído sobre el papel una o dos veces, emborronando la tinta.

—Ahora la dejo —dijo Ashenden—. Es posible que la próxima vez que nos veamos pueda comunicarle que es usted libre para marchar adonde le plazca. ¿Dónde le agradaría ir?

—A España.

—Muy bien. Lo tendré todo dispuesto.

Ella se encogió de hombros y él salió.

Ahora, Ashenden ya no tenía nada más que hacer sino aguardar. Por la tarde envió un mensajero a Lausana y a la mañana siguiente se encaminó al muelle para esperar el barco. Había una sala de espera junto a la ventanilla de venta de pasajes y allí ordenó a los detectives que se mantuvieran en situación de alerta para intervenir en cualquier momento. Cuando arribó el vapor, los pasajeros avanzaron en fila delante del revisor y todos los pasaportes se

comprobaron, antes de permitirlos desembarcar. Si Chandra acudía y mostraba su pasaporte, éste probablemente sería falso y de seguro de alguna nación neutral, por lo que se le haría esperar. Ashenden entonces le identificaría y le haría arrestar. Con cierto nerviosismo, Ashenden observó atracar el barco y examinó el pequeño grupo de gente que se amontonaba en la pasarela. Los observó con detenimiento, pero no vio a ninguno que tuviera el menor aspecto de indio. Chandra no había venido. Ashenden no sabía qué hacer. Había jugado su última carta. No había más de media docena de pasajeros para Thonon y, cuando todos hubieron mostrado su documentación y hubieron pasado, se dirigió lentamente hacia la oficina de revisión.

—Bueno, no ha funcionado —dijo a Félix, que era el revisor que había comprobado los pasaportes—. El caballero que aguardaba no ha aparecido.

—Tengo una carta que entregarle.

Le tendió un sobre dirigido a *madame* Lazzari, en el que Ashenden reconoció al instante la floreada letra de Chandra Lal. En ese momento, surgió a la vista el vapor que hacía el trayecto de Ginebra a Lausana y el final del lago. Llegaba a Thonon todas las mañanas, veinte minutos después de la marcha del barco que hacía el trayecto en dirección contraria. Ashenden tuvo una idea.

—¿Dónde está el hombre que ha traído la carta?

—Está en la ventanilla de billetes.

—Entréguele la carta y encárguele que la devuelva a la persona que se la dio. Debe decir que fue a entregarla a la señora y que ésta no ha querido recibirla y la ha devuelto. En caso de que esa persona le pida que lleve otra carta, debe contestar que no es posible porque la señora estaba haciendo su equipaje para marchar de Thonon.

Observó cómo se retornaba la carta y Félix seguía sus instrucciones, y se encaminó de vuelta, andando, a su casita de la colina.

El siguiente barco en el que podía arribar Chandra atracaba hacia las cinco y, como a esa hora tenía una importante cita con un agente destacado en Alemania, avisó a Félix de que podría retrasarse unos minutos. Si Chandra venía, podía detenérsele fácilmente, y no había mucha prisa, pues el tren en el que habría de ser trasladado a París no partía hasta después de las ocho. Cuando Ashenden hubo acabado la entrevista, se encaminó lentamente hacia el embarcadero. Todavía no había oscurecido y desde lo alto de la colina vio partir el vapor. En ese momento, sintió cierta ansiedad y apretó el paso instintivamente. De pronto, vio a alguien que se aproximaba corriendo hacia él y reconoció al hombre encargado de transportar la carta.

—¡Rápido, rápido! —gritó el hombre—. Está aquí.

Ashenden sintió que el corazón le daba un vuelco y le invadía una extraña opresión.

—¡Por fin!

Empezó a correr él también y, mientras los dos corrían, el hombre le explicó jadeando cómo había entregado de vuelta la carta sellada. Cuando la depositó en las manos del indio, éste se había puesto mortalmente pálido. «Nunca hubiera imaginado que un indio pudiera adquirir ese color», dijo. Empezó a dar vueltas y vueltas a la carta entre las manos, como si no comprendiera que hacía allí su propia carta. De pronto, unas lágrimas le brotaron de los ojos y empezaron a rodarle por la cara. «Era grotesco, porque es muy gordo, ¿sabe usted?» Dijo algo en una lengua que el hombre no entendió y después le preguntó en francés cuándo salía el barco para Thonon. Cuando él subió también al barco al principio no le había visto, pero luego le vislumbró arrebujado en un grueso gabán y con el sombrero calado hasta los ojos, de pie, solo, en la proa. Durante toda la travesía no desvió la vista de la ciudad de Thonon.

—¿Dónde está ahora? —inquirió Ashenden.

—Yo bajé primero y monsieur Félix me encargó que viniera a buscarle a usted.

—Supongo que lo tendrán en la sala de espera.

Ashenden se había quedado sin respiración cuando llegaron al malecón. Se precipitó a la sala de espera como una exhalación. Allí, un grupo de hombres hablaban casi a gritos y

gesticulaban con excitación, apiñados alrededor de un hombre que yacía tendido en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —gritó Ashenden.

—Mire —repuso monsieur Félix.

Chandra Lal yacía sobre el suelo, muerto, con los ojos desorbitados y una fina línea de espuma asomando por los labios. Su cuerpo estaba horriblemente contorsionado.

—Se ha suicidado. Hemos mandado llamar al médico. No hemos podido impedirlo, fue demasiado rápido.

Un estremecimiento de horror sacudió a Ashenden.

Cuando el indio desembarcó, Félix le reconoció por la descripción que tenía de él. Sólo viajaban en el barco cuatro pasajeros y él venía el último. Félix se demoró todo lo que pudo en el examen de la documentación de los tres primeros, y finalmente tomó la del indio. Llevaba un pasaporte español completamente en regla. Félix formuló las preguntas reglamentarias y anotó todo en el cuestionario oficial. Después, miró al indio cortésmente y le dijo:

—Pase un momento solamente por la sala de espera. Hay una o dos formalidades que cumplir.

—¿No está mi pasaporte en regla? —preguntó el indio.

—Completamente.

Chandra titubeó, pero luego siguió al oficial hasta la puerta de la sala de espera. Félix la abrió y le dejó paso.

—*Entrez!*

Chandra entró en la sala y los dos detectives se levantaron. Debió de sospechar al instante que eran oficiales de la policía y que había caído en una trampa.

—Siéntese —le indicó Félix—. Tengo que hacerle un par de preguntas.

—Hace calor aquí —dijo el indio, y en verdad había una pequeña estufa en la habitación que la mantenía como un horno—. Si me permiten, me quitaré el abrigo.

—Por supuesto —asintió Félix amablemente.

Se quitó el gabán, aparentemente con esfuerzo, se volvió para dejarlo sobre una silla y, antes de que los otros se dieran cuenta de lo que había pasado, le vieron de repente tambalearse y caer pesadamente al suelo. Mientras se desprendía del gabán, Chandra se las había arreglado para sorber el contenido de un frasquito que todavía mantenía aferrado en la mano. Ashenden se agachó a olerlo. Exhalaba un característico olor a almendras.

Durante un rato, permanecieron mirando al hombre que yacía en el piso. Félix estaba desolado.

—¿Cree usted que me echaran la culpa? —preguntó, inquieto.

—No me parece que haya sido culpa suya —contestó Ashenden—. De cualquier modo, ya no puede hacer más daño. Por lo que a mí se refiere, prefiero que se haya suicidado. La idea de lo que iba a pasarle no me hacía muy feliz.

A los pocos minutos, llegó el médico y certificó la defunción.

—Ácido prúsico —le dijo a Ashenden.

Ashenden asintió.

—Voy a ir a visitar a madame Lazzari —anunció—. Si quiere quedarse uno o dos días más, le dejaré hacerlo, pero si lo prefiere, también puede marchar esta noche. ¿Será tan amable de dar instrucciones a la policía de la estación de que no le pongan obstáculos?

—Estaré yo mismo en la estación —repuso Félix.

Ashenden emprendió el ascenso de la colina una vez más. Había oscurecido ya, era una noche fría y despejada, con un cielo sin nubes y la clara visión de una luna llena. Cuando entró en el hotel, le asaltó un sentimiento de disgusto por su fría banalidad. De las paredes de la recepción colgaban chillones y coloreados carteles de las compañías de ferrocarril, anunciando Grenoble, Carcassonne, y las playas de Normandía. Subió las escaleras, golpeó brevemente con los nudillos y entró en la habitación de Giulia Lazzari. Estaba sentada delante del tocador, observándose en el espejo, absorta y ausente, aparentemente sin hacer nada, y en esta situación fue como vio entrar a Ashenden. Su rostro cambió de golpe cuando

le vio y se incorporó tan bruscamente que la silla donde estaba sentada se volcó.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué está usted tan pálido? —exclamó, con ansiedad.

Dio una vuelta alrededor de él, le miró fijamente y sus rasgos se crisparon gradualmente en una expresión de horror.

—*Il est pris!* —murmuró.

—*Il est mort!* —contestó Ashenden.

—¡Muerto! ¡Se tomó el veneno! Tuvo tiempo. Al final, se les ha escapado.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué sabía usted sobre el veneno?

—Siempre lo llevaba encima. Decía que no dejaría que los ingleses le cogieran vivo jamás.

Ashenden reflexionó. Ella había guardado bien aquel secreto. Pensó que tenía que habérsele ocurrido aquella posibilidad. ¿Mas cómo iba a adivinar tales desenlaces melodramáticos ?

—Bien, ahora está usted libre. Puede usted dirigirse adonde desee y no encontrará ningún obstáculo. Aquí tiene su billete y su pasaporte, y el dinero que se le ocupó cuando la detuvieron. ¿Desea usted ver a Chandra?

La mujer se estremeció.

—No, no.

—No hay ninguna necesidad. Imagino que se ocupará usted del entierro.

No lloraba. Ashenden pensó que había agotado toda su capacidad de emoción. Tenía un aspecto apático.

—Esta noche remitiremos un telegrama a la frontera española dando instrucciones a las autoridades para que no pongan ningún impedimento a su viaje. Si quiere aceptar mi consejo, salga de Francia tan pronto como pueda.

Ella no respondió y, como Ashenden no tenía más que decirle, se dispuso a marcharse.

—Lamento haber tenido que mostrarme tan duro con usted. Me complace pensar que sus peores problemas ya han pasado y espero que el tiempo cicatrice la herida que debe sentir por la muerte de su amigo.

Ashenden le dirigió una leve inclinación de cabeza y se volvió hacia la puerta. Pero ella le detuvo.

—Un momento —dijo—. Hay una cosa que me gustaría pedirle. Creo que tiene usted algo de corazón.

—Esté segura de que haré cuanto pueda por usted.

—¿Qué van a hacer con sus cosas?

—No lo sé. ¿Por qué?

Entonces respondió algo que dejó perplejo a Ashenden. Era lo último que esperaba.

—Llevaba un reloj de pulsera que le regalé las últimas Navidades. Vale veinte libras. ¿Podría recuperarlo?

F I N